

DR. EDUARDO ALFONSO

De la Facultad de Medicina de Madrid. Profesor
de Ciencias e Historia en el P. R. Junior College
de Río Piedras.

Universidad de Puerto Rico.

HISTORIA Y NATURALEZA

SE ha dicho algunas veces que la historia es la biología del hombre puesto que el hombre al vivir hace la historia. Y se ha dicho esto porque las cosas pasan "como si" un plan superior dirigiese las acciones de los hombres en los acontecimientos históricos, como en los hechos cósmicos o telúricos, así como en la evolución de los seres vivos. Pero hay que señalar una diferencia fundamental entre los hechos naturales y los acontecimientos históricos. En la Naturaleza todos los hechos obedecen a *leyes de causalidad* (causa y efecto, acciones y reacciones, involución y evolución, genotipos y paratipos), mientras que en la Historia no se manifiesta hilación de causalidad, sino una secuencia intencional que da a cada acontecimiento histórico la prestancia de una creación nueva.

Sin embargo es difícil hacer una escisión irreductible entre el hecho natural y el acto histórico. Tanto más cuanto que pensamos que tras de ambos se halla la intencionalidad o el designio del "Supremo Motor Inmóvil" de la Creación toda.

De aquí que con gran frecuencia los filósofos e historiadores caigan en una interpretación naturalista de la Historia. ¿Es que tras de la aparente inconsecuencia de unos acontecimientos históricos con otros hay una relación causal de un grado superior que no acertamos a ver?

La expresión “Historia Natural” nos parece absurda, porque si es natural no es historia, y si es historia no es natural. “La Historia —dice Zubiri— no trata de eliminar la Naturaleza sino de superarla”; es decir, se halla en una misma línea metafísica, o lo que es lo mismo, son factores complementarios de un mismo Designio. La Historia incluye a la Naturaleza (por ejemplo un “campo” de batalla), pero la Naturaleza no incluye a la Historia, comenta Caba. La Historia es después que la Naturaleza y abarca a ésta; puesto que el hombre, como ser biológico, apareció en el seno de la Naturaleza; y aún puede añadirse que después que fueron creados todos los seres del Planeta. De aquí la posibilidad que advertía Simmel de una metafísica teísta de la Historia incorporada a una metafísica de la Naturaleza, en que —como ya dijeron otros filósofos— pueda explicarse que “todo en el Universo conspira hacia lo humano”, y que en la historia de la humanidad está el fin absoluto de la Creación.

La interpretación naturalista de la Historia no dimana solamente de lo que acabo de exponer sino del hecho de confundir lo histórico con lo social; mas como señala Zubiri, “lo social no es lo histórico. Lo social forma parte de lo natural frente a lo histórico”. Advertencia que también hubo hecho Ortega y Gasset al decirnos que “lo social (opinión pública, usos morales, derecho) es lo humano deshumanizado. El hombre está en la sociedad como en una segunda naturaleza”; y en ella nace y se encuentra sin haber intervenido en su construcción.

Todavía hay otras razones que conducen a la tentación de naturalizar la Historia, dejándose llevar de una muy sugestiva tendencia a las analogías. Spengler que hubo dicho que “la Historia no está regida por la causalidad, sino por el sen-

tido orgánico del sino” compara, por otro lado, a las culturas con organismos vivientes que nacen, evolucionan, decaen y mueren, no pudiendo pasar de un plazo determinado. Otro insigne historiador de nuestros días Toynbee, explica el nacimiento de las culturas con un sentido casi naturalista y adaptativo, por un conjunto de interacciones basadas en una “incitación del contorno” (países duros, suelo nuevo, golpes, presiones e impedimentos) y la “respuesta” consiguiente del grupo humano; aunque a mi modo de ver esto no explica todas las creaciones de una cultura.

Dentro de las analogías que han llevado insensiblemente a establecer vínculos entre lo histórico y lo natural, conviene pensar lo siguiente: Un organismo animal o vegetal es una individualidad diferenciada; mientras que un organismo social es una integración de individualidades. Ambos organismos (el biológico y el social) se parecen por cuanto son organizaciones, pero se diferencian en cuanto a sus determinaciones dinámicas. El organismo viviente es una unidad que se diversifica. El organismo social es una diversidad que se unifica. En el organismo vivo lo importante es el organismo en sí (no sus elementos). En el organismo social lo importante son los elementos que le forman (es decir, los hombres). Los problemas del organismo viviente tienen soluciones dinámicas de extroversión; los del organismo social presentan soluciones dinámicas de introversión. Es decir, que en el ser vivo las cosas ocurren de dentro a fuera, puesto que todo resulta hecho o dirigido por su esencia íntima; mientras que en la sociedad todo viene de fuera del individuo y “para” el individuo, exceptuando el instinto de sociabilidad que les ha unido y es el “alma” de la sociedad.

Si una sociedad humana reacciona a la incitación del contorno produciendo una “cultura”, no es exactamente lo mismo que si un crustáceo reacciona contra las fuertes presiones submarinas, produciendo un caparazón más duro. Los intereses coordinados de todos y de cada uno de los hombres de una sociedad no pueden compararse a la acción coordinada de las células de un ser vivo para servir al interés concreto de ese solo

individuo. Es todo lo contrario: la sociedad sirve a *cada* hombre; la asociación celular de un ser viviente sirve a éste *sólo*. En conclusión: el organismo social es lo abstracto y los hombres que lo integran son lo primordial y concreto; mientras que en un organismo viviente, éste es lo concreto, y las células que le forman lo secundario; y no digo lo abstracto porque también las células son objetivas; pero en su origen o "germen" eran *una sola célula*; mientras que la sociedad de un solo hombre no sería sociedad. Aquí debe aplicarse la frase shakespeariana: "Ser o no ser, ésta es la cuestión".

Bastaría esta consideración para no hacer comparaciones infructuosas entre lo natural y lo social, a pesar de considerar a lo social como una "segunda naturaleza"; y mucho menos entre lo natural y lo histórico.

No obstante todas estas consideraciones y otras muchas que se han hecho los filósofos de todos los tiempos, se ha caído irremisiblemente en el empleo de términos naturalistas y biológicos para explicar fenómenos y acontecimientos históricos; y así decimos "generación", "nación", "pueblo", "público", etc., lo mismo que se habla de "clima" moral para dar a entender el "ambiente" psicológico de determinado grupo humano en un momento dado.

Digo que esto es irremisible porque, como dice Julián Marías: "Las generaciones son los sujetos elementales del acontecer histórico". Y *generación* en Historia, como dijo su maestro (y maestro de todos) Ortega y Gasset, es el conjunto de personas coetáneas nacidas en una "zona de fechas" y que son partidarias de un "sistema de vigencias". Mas adviértase que al afirmar la coetaneidad y el nacimiento dentro de una zona de fechas para los individuos que forman una "generación" histórica, se mete la Historia en terreno biológico, y hay que salir al paso de esto diciendo que, dentro de una zona de fechas "ni son todos los que están ni están todos los que son". Porque hay muchas gentes que carecen de sentido histórico y de los afanes de "su generación" y, por otra parte, hay gentes que se sienten

vinculadas a épocas pasadas, o pletóricas de anhelos de futuro, que históricamente no pertenecen tampoco a la “generación” de sus coetáneos.¹ De modo que *generación histórica* (o conjunto de partidarios de un “sistema de vigencias”) no puede ser lo mismo que *generación biológica* (o conjunto de personas coetáneas).

Todos conocemos grupos de personas (sociedades pitagóricas, naturistas, religiosas, etc.) cuyos enfoques sociales se refieren a un tiempo pasado y a su reviviscencia en un indeterminado futuro (“retorno a la Naturaleza”, “segunda venida de Cristo”... etc.) partidarios de un “sistema de vigencias” que no es del momento actual, y que, por tanto, no vibran en concordancia con el tumultuoso aparato de la actual cultura occidental, mecanizada, alcoholizada, carnívora y veloz. Estos grupos de personas que “no pertenecen a su generación”, hacen historia sin embargo, al margen de su generación pero coetáneamente. Porque la oposición es también un modo de hacer historia aunque no se profese el mismo sistema de vigencias, ni se experimenten los mismos anhelos que sus coetáneos; y precisamente por esto. Por consiguiente, ni el “sistema de vigencias” ni la “coetaneidad” pueden definir a la “generación histórica”.

Sin embargo, como las *generaciones* son los sujetos elementales de la Historia,² puesto que un hombre solo no hace historia (ni siquiera su propia historia personal que necesita de la coexistencia con otros), de aquí la necesidad de definir el concepto de generación histórica con arreglo al precepto clásico del “género próximo” y “última diferencia”. Generación histórica es una unidad integrada por hombres que viven al mismo tiempo, dando a éste un determinado sentido o estilo.

Se deduce que dentro de este “estilo” puede haber lucha

¹ *Coetáneos* son los que viven al mismo tiempo dentro de una misma fase evolutiva (niñez o juventud, etc.); y *contemporáneos* son los que viven al mismo tiempo en diferentes fases evolutivas (un niño y un viejo, el nieto y su abuelo, etc.) independientemente del país y de la cultura.

² Los sujetos generales son las culturas.

por el “sistema de vigencias”, porque, como dice Ortega, “para cada generación, vivir es una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etc.— por la generación antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad”. Pero la recepción de lo vivido por la generación anterior, puede ser francamente hostil, como en casos de revolución; y, por otra parte, no es obligado que todos los hombres de la generación sean coetáneos. Un nieto y su abuelo pueden tener el mismo sentido del momento histórico no siendo coetáneos; y aún en el caso de tener anhelos y estilos opuestos, esta oposición da carácter a “su tiempo”. No hay reacción sin acción; y ambas cosas forman una unidad dinámica, y de esto resulta “su estilo”.

La diferencia que hago entre generación histórica y generación biológica se basa en que no es lo mismo *tiempo histórico* que *tiempo biológico*. El tiempo histórico, medible por generaciones históricas, culturas, siglos, edades, eras, series, éticas y estéticas, etc., está formado de unidades desiguales, discontinuas y heteromorfas. Desiguales en duración (como la Era de las Olimpiadas, la Era de Alejandro y la Era Cristiana); discontinuas porque —como dice Laín Entralgo— “la aparente continuidad de lo histórico resulta de la integración de discontinuidades personales”; a lo que puede agregarse que hay tiempos ambiguos, parados, sin poso histórico, que, aunque incluíbles en la Historia, parecen separar dos “unidades históricas” más destacadas; y, en fin, heteromorfas porque presentan estilo y sentido distinto dentro de la sempiterna reiteración de sucesos y acontecimientos.

El *tiempo biológico* se mide por fases evolutivas (infancia, adolescencia, juventud, madurez, vejez, senilidad, decrepitud) comprendidas entre ciertas unidades de *tiempo físico* o *cósmico* (días, años, quincenas, meses, lustros...) que en rigor científico deberían contarse —y en parte así se hace— a base de un sistema septesimal para lo biológico, y de un sistema exanómico para lo cósmico.³

³ Véase E. Alfonso, “*Problemas religiosos*” (“El pecado original”); y Macé Alfonso, “*La sabiduría Pitagórica*” (“Los números”).

Pero aparte de ciertos conceptos de tiempo biológico que se inmiscuyen subrepticamente en la trama de la historia, hay también ciertos conceptos biológicos de espacio que han irrumpido solapadamente en la historiografía: tales como el de patria, el de nación, el de pueblo y otros.

La *patria*, como intuición, es aquel Estado o Nación donde hemos nacido y de donde hemos sacado nuestro carácter personal. Pero conviene distinguir esta intuición de patria, con el sentimiento de patria y con el concepto de patria. Si la patria es algo, es un sentimiento pero no un concepto. Mi patria es el lugar donde mi madre me echó al mundo y donde tengo mi hogar. Lo que se ama es el pedazo de "tierra madre" limitado por el horizonte visual, donde nuestra madre humana nos dio a luz; es decir, esa "patria chica" que en realidad es la *matria* (o "matriz") y no la patria, como diría Unamuno.⁴ La "materia" es la patria del terruño y del sentir; la "patria" es el límite geográfico o del pensar. El concepto de patria es frío, convencional y geográfico. Si se pensase que una nación antes de ser nación (o mejor "Estado") era un agregado de pueblos vecinos con finalidades independientes, y que las naciones de hoy, pueden un día unirse o federarse para integrar una confederación nacional más amplia con finalidad común, acabaríamos por no saber dónde aposentar y hasta dónde extender nuestro sentido patriótico. Como muy bien dice Pedro Caba: "Cuando Portugal pertenecía a España había que amar a Portugal como parte de la patria; pero ahora que no pertenece a España no es menester amarla más que como buena vecina". "Sentirse atado por el tiempo y la Historia es un modo más profundo de patriotismo que sentirse atado por la cintura en común por un mismo horizonte geográfico. Hay más puro patriotismo en sentir un pasado, un presente y un futuro comunes que en sentirse de la misma tierra. Se comprende por qué hay gentes de distintas patrias geográficas que fundan otras patrias ideales, como por ejemplo, la Iglesia".

⁴ Según Menéndez Pidal, en España, hasta Juan de Valdés (secretario de Carlos V, siglo XVI) no empieza a usarse la palabra "patria" en lugar de "tierra" que venía usándose a lo largo de toda la Edad Media.

Veamos pues que el “concepto” de patria no es exactamente el “sentimiento” de patria. Si en una guerra de invasión se pusiera a un ejército de catalanes a defender Madrid, y a un ejército de madrileños a defender Barcelona, no lo harían con tanto ardor como si los catalanes defendiesen Barcelona y los madrileños defendiesen Madrid. Porque unos y otros no combatirían con el concepto de España sino con el sentimiento de patria que no tiene las mismas fronteras geográficas. Esto es claro para el que quiera verlo sin prejuicios.

En último extremo pensemos lo que dice Ortega: “Si se escruta bien la entraña última de cualquier concepto, se halla que no nos dice nada de la cosa misma, sino que resume lo que un hombre puede hacer con esa cosa o padecer de ella”. Es decir, en este caso concreto, mi patria, España, es “lo que yo puedo hacer o padecer siendo español”; lo cual en muchos aspectos es contrario a mis sentimientos. Por esto a Unamuno “le dolía España”.

Pueblo es una organización social o política autónoma con idioma común y con una comunidad de intereses. De esto se deduce que tiene también un valor básicamente biológico, porque surge como hijo de un territorio en el que se hallan circunscritos sus intereses comunes; y estos intereses tienen su raíz en la “madre tierra” que le sustenta.

En cuanto a la *nación*, es el territorio geográfico de un Estado o de varios, con el pueblo allí contenido y que en él tuvo su origen. Este concepto lleva implícito un sentido biológico de “nacimiento”, “crecimiento”, continuidad generativa, que en cierto modo expresa la ligazón entre el hombre y su tierra. Y esto no esporádico o circunstancial sino fundamental, porque el carácter de un pueblo hállase modelado por la tierra sobre la cual vive.

No me avengo a dar a la “nación” un sentido exclusivamente político; para esto tenemos el concepto del Estado. La nación egipcia es el Nilo, el Sol y el desierto; la nación británica es el bosque, la pradera y la bruma; y, por supuesto, con

sus habitantes “nacidos” y moldeados según estas circunstancias geográficas. Fichte daba una determinada individualidad a la *nación* considerándola como “grupo social orgánico” independientemente de los cambios de gobierno y de accidentes históricos pasajeros; caracterizado por un “ambiente cultural” fundamentalmente idiomático.

Hay pues, como base de la nación, *un tipo humano modelado según una tierra*, y ese tipo se entiende, se comprende y se extiende con sus congéneres, formando una nación que es comprensión psicológica, extensión territorial y entendimiento idiomático. Existe pues un fundamento natural de biología, geografía y psicología antes de pensar en cómo se ha de gobernar ese grupo humano brotado, nacido y nacionalizado por leyes de causalidad, que todavía no ha entrado en el plano espiritual de la Historia propiamente dicha.

Y una vez formada la nación, debemos ver cómo ésta se constituye en Estado. Pero esto requiere capítulo aparte.